

Propiedad de
Editorial Planeta

Propiedad de
Editorial Planeta

AE
& I

Me llamo Lucas y no soy perro

Autores Españoles e Iberoamericanos

Propiedad de
Editorial Planeta

Fernando Delgado



Me llamo Lucas
y no soy perro

Propiedad de
Editorial Planeta

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © Fernando Delgado, 2013
- © Editorial Planeta, S. A., 2013
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2013
Depósito legal: B. 11.086-2013
ISBN 978-84-08-11433-8
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

A José Saramago, que nos rogó que no llamáramos
mascotas a nuestros perros; a él y a Pilar del Río,
su mujer, que quisieron tanto a sus perros de Lanzarote.
A Tonet y a Carmen Calvo.
A mi inolvidable Botín, que abandoné en Torrecaballeros
en brazos de Pedro y Juan Altares.
A Deva y a Bout, que acompañan
en Oviedo a Ángeles Caso.
A Ruco, que dejó desolado a Mariano Vega.
A La Chata, que sobrevivió a Trini unos cuantos años.
A los perros huérfanos de Eduardo Haro Tecglen.
A la perra Rita y a su Eva Cruz.
A Tronco, siempre en la memoria de Ángeles Bazán.
A Elvira Lindo y a su Lolita.
A Bruno, el de Ana Parra.
A Sole, la mimosa perra de Gabi y Paco.
A Fusa y Pato, junto al arpa de Luisa Domingo.
A Marita, que se fue con su Badall.
A Lucas, perro mallorquín del doctor Kovacs.
A Zaco y Lula, compañeros en Vinarós de Carlos
y Alicia Giménez Bartlett.
A la memoria de Eduardo Westerdahl, que tanto lloró
la muerte de sus perros en la isla.
Y a Pedro García-Reyes y a los nuestros: Tito, Paca,
Fara y, por supuesto, Lucas.

Propiedad de
Editorial Planeta

Hasta que no hayas amado a un animal
una parte de tu alma permanecerá
dormida.

ANATOLE FRANCE

La humanidad entera no vale un solo
momento de dolor de un perro.

FERNANDO VALLEJO

Propiedad de
Editorial Planeta



I

LUCAS EN CASA

El perro sabe, pero no sabe que sabe.

TEILHARD DE CHARDIN

Propiedad de
Editorial Planeta



Propiedad de
Editorial Planeta

Me llamo *Lucas* y no soy perro.

Bueno... Mi familia decía: «*Lucas* es un perro que no sabe que es un perro.»

Y no lo soy.

O no quiero serlo.

Yes verdad que a mí me trajeron en un transportín, que es donde se lleva a los perros pequeños de un lado para otro, lo que no quiere decir que tenga que pasarme toda la vida siendo un perro y menos un perro pequeño.

Y, para empezar, tengo que reconocer que mi madre biológica era una perra, sí, aunque mi familia debía creer que ya no me acordaba de eso, pero las perras abandonan a sus hijos cuando les dejan de dar de mamar y mi madre biológica no me hacía caso al poco tiempo de nacer.

Conmigo nacieron seis hermanos más y el último en ser adoptado fui yo, así que llegué a pensar que era tan feo que nadie me quería.

Porque ganas de irme del criadero sí tenía; quería dejar de ser perro.

Era tan chiquito que no podía saber qué sería de mí siendo perro.

Lo que sí sabía era que Oriolín, el niño que me daba el pienso y me ponía el agua en el criadero, podía hacer lo que quería y un perro no.

Por eso yo, ya en casa, a diferencia de mis hermanos, Duli y Luci, seguía sin poder hacer lo que me daba ganas de hacer: abrir la nevera, por ejemplo, como ellos, y zamparme una hamburguesa. Pero siempre pensé que terminaría aprendiendo a abrirla si quería acabar con aquel complejo de perro.

Mientras tanto, si yo me comía la pizza de mi hermano Duli, me llevaba una bronca, y hablar hablar, no lo conseguía, la verdad.

Así que hasta que no lograra abrir la nevera por mi cuenta, no iban a dejar de tratarme como a un perro.

Ya sabía yo que en ese caso les iba a salir más caro, pero tendrían que acostumbrarse.

Insisto: me llamo *Lucas* y no soy perro.

Lo decía mi madre: «Mira, mira, si no le falta sino hablar. Y a veces ni eso.»

Lo que no sabían Duli ni Luci es que mamá me quería más que a ellos.

Delante de ellos, mamá no lo contaba; se habrían ofendido. Además, delante de mí, mamá no lo habría dicho nunca para que no se me subiera a la cabeza.

Pero, como estaba convencida de que yo era un perro, y que los perros no oyen sino lo que les conviene, pues le decía a la gente: «*Lucas* es tan bonito y tan bueno que lo quiero más que a mis hijos.»

No era que mi madre no me tuviera por un hijo; lo que pasaba era que me tenía por hijo adoptado.

Propiedad de
Editorial Planeta

Insisto: me llamo *Lucas*, no soy perro, y en mi casa, sí, era un hijo adoptado. Pero, por adoptado, no menos hijo.

Las personas mayores van a China, India o Rusia y se traen unos niños que son tan hijos para ellos como los que han nacido en casa.

Así que, si mis padres fueron a Granollers a adoptarme, no iba a ser menos hijo de ellos porque Granollers esté más cerca de Valencia que China. O que Rusia.

Sin ir más lejos, allí, al lado de mi casa, había una niña china que hablaba perfectamente en catalán. Pero no pude compartir con ella nuestra experiencia de niños adoptados porque la china me tenía miedo, y debo reconocer que yo a los que me tienen miedo les respondo enseñándoles los

dientes. El miedo de los otros despierta en mí una pequeña agresividad.

La madre de la niña, que no era china y nació en Algemés, explicaba que a su hija le daban miedo los perros, pero a mí me daban miedo la madre y la niña.

La niña, porque en cuanto creciera podría comer carne de perro —decía el abuelo Veremundo que los chinos se zampan los perros con facilidad—, y la madre, porque, bajo la influencia de la niña china, podría cogerle el gusto a la carne de perro y meterme en la olla.

Ya sé que entro en contradicción; si soy un niño y no soy un perro, no tengo por qué temer a los chinos. Pero, como algo me debe quedar de perro, al menos el aspecto, cara de perro sí que tengo, aquí me tienen ustedes con un miedo a los orientales que ni las pelotas que me compra mamá en El Corte Chino las acepto.

Ya ven que no voy a discutir que tengo cara de perro.

De modo que ya lo habrán entendido: mal me habría ido de haber nacido en China.

Mi hermano Duli tenía un amigo que se llamaba Sergi y lo trajeron de Moscú. Y así como a la china la delataba su aspecto, y ni vestida de fallera daba el pego como valenciana, Sergi, tan rubio y con ojos redondos y azules, pudo haber nacido en Manises sin que nadie se lo discutiera.

Es verdad que mis padres fueron a buscarme a un criadero de perros, como ya les he contado. Pero también es cierto que en ese criadero nos cuidaban mejor que a los niños que traían de China en China y, por supuesto, a los rusitos que habían traído de Moscú en Moscú.

Sergi le contó a Duli que en el criadero de donde vino se daba golpes en la cuna porque nadie lo tocaba y menos lo acariciaba.

«Eso te pasó por no ser perro», le dijo Duli, que se volvía loco por ser perro y llamaba criaderos a las inclusas.

Y el otro le contestó con toda razón: «Como si no hubiera perros que han muerto desconociendo la caricia.»